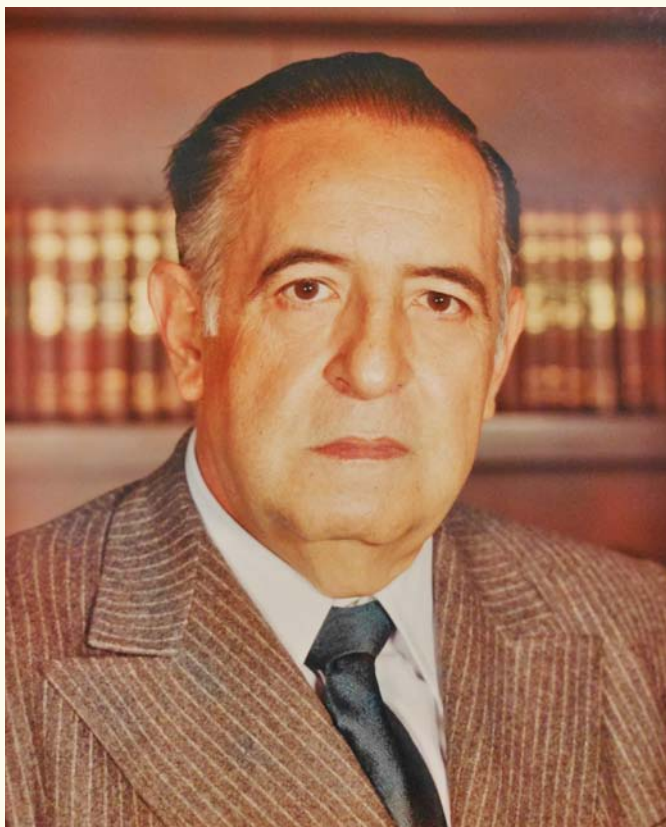

HÉCTOR ZARAUZ LÓPEZ
INSTITUTO MORA



JESÚS REYES HERÓLES

EL IDEÓLOGO QUE EXPLICÓ AL PRI

HOMBRE CRÍTICO, CONTESTATARIO Y DE FUERTES CONVICCIONES, ESTUVO CERCA DE VARIOS PRESIDENTES SIN POR ELLO DEJAR DE MARCAR SUS DIFERENCIAS. AÚN ASÍ, SE MANTUVO SIEMPRE DENTRO DE LOS MÁRGENES OFICIALES. SE LO CONSIDERA NO SÓLO EL “CEREBRO” DETRÁS DEL PARTIDO, SINO TAMBIÉN QUIEN REFORMÓ EL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO. PRESENTAMOS AQUÍ EXTRACTOS DE UNA ENTREVISTA PUBLICADA EN 1966 DONDE HABLA DE TEMA QUE NOS TRAEN TAMBIÉN HASTA EL PRESENTE.

Jesús Reyes Heróles es considerado como uno de los más influyentes políticos mexicanos de la segunda mitad del siglo xx. Nació en Tuxpan, Veracruz, el 3 de abril de 1921. Abogado de formación, estudió en la Universidad Nacional Autónoma de México, de donde egresó en 1944, para después realizar estudios de posgrado en Argentina. A su regreso desempeñó varios cargos públicos que le dieron, en consonancia con su sólida preparación académica, una especial sapiencia de la política nacional.

Entre otros puestos fue secretario general del Instituto Mexicano del Libro (1949-1953), asesor de la Presidencia de la República (1952-1958), diputado (1961-1964), director general de Petróleos Mexicanos en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), periodo en el que se continuó con la expansión de la empresa y se mantuvo el orden productivo, además de confrontar diferencias con el sindicato de petroleros. Por su eficiencia fue nombrado director de otras paraestatales como Diesel Nacional (1970-1972), Constructora Nacional de Carros de Ferrocarriles (1970-1972) y Siderúrgica Nacional (1970-1972).

Además, fue director del IMSS (1975-1976), secretario de Gobernación (1976-1979) desde donde pudo dar impulso a la reforma política de ese momento y de Educación Pública (1982-1985), en la que inició una reforma educativa. Por si fuera poco, ostentó nombramientos internacionales como presidente del VII Congreso Mundial del Petróleo (1967) y del Comité Interamericano de Seguridad Social (1976).

Su carrera como funcionario no siempre fue tersa pues, a decir de la historiadora Eugenia Meyer, *su temperamento lo inclinó como crítico, como contestatario, a renunciar a la comodidad y los privilegios que le brindaba el poder político, en defensa de sus convicciones intelectuales, y su incuestionable defensa de la libertad.*

Al fin hombre del sistema, estuvo cerca de varios presidentes y no obstante sus diferencias con alguno de ellos, nunca salió de los márgenes oficiales. Muchos lo consideran el gran ideólogo del priísmo y del sistema político mexicano. *Rara avis* de la política nacional, fue conocedor de Maquiavelo, Locke, Hobbes, Montesquieu, igual que de Marx o Gramsci, pero también estudioso del pensamiento mexicano como se muestra en sus estudios sobre José María Luis Mora, Benito Juárez, Melchor Ocampo o Ignacio Ramírez.

Muy crítico en su postura hacia las disidencias políticas, sabía sin embargo de la necesidad de contar con ellas: lo que resiste apoya diría, de ahí la necesidad de abrir el sistema electoral.

Entre las distintas obras de su autoría destacan: *Tendencia actuales del Estado* (1945), *El Liberalismo mexicano* (obra publicada en cuatro tomos entre 1957 y 1961), *En busca de la razón de Estado* (1981). Otras más son: *La industria de la transformación y sus perspectivas* (1951), *Comentarios a la revolución industrial en México* (1951), *Restauración, revisión y tercer camino* (1952), *Continuidad del liberalismo mexicano* (1954), *La Iglesia y el Estado* (1960), *El liberalismo social de Ignacio Ramírez* (1961), *Rousseau y el liberalismo mexicano* (1962), *La idea del Estado de derecho* (1964).

Murió el 18 de marzo de 1985, poco antes de cumplir 64 años de edad.

A treinta años de su fallecimiento, *Bi-Centenario* reproduce una entrevista que le hiciera el periodista José Luis Mejías para el diario *Novedades* en su edición vespertina. Se efectuó en varias sesiones entre los días 29 y 30 de noviembre y 1° de diciembre de 1966, es decir en pleno mandato de Gustavo Díaz

◀
Jesús Reyes
Heróles, retrato.
Colección de Jesús
Reyes Heróles
González Garza.

► Jesús Reyes Heróles en su oficina. Colección de Jesús Reyes Heróles González Garza.



Ordaz. De la versión integral, reproducida en el libro de Eugenia Meyer, *Obras completas de Jesús Reyes Heróles*, se ha editado en esta ocasión la parte correspondiente a sus conceptos sobre política nacional, pues además abordó temas de historia y otras cuestiones.

El encuentro se sitúa en las coordenadas del presidencialismo inamovible, del poder indisputado al PRI, de mayor autoritarismo del sistema, conservadurismo en materia política, de cero tolerancia a la disidencia (la izquierda proscrita y la derecha sin los medios instrumentales para disputar el poder), los jóvenes y otros sectores excluidos, las cámaras y el poder judicial casi limitados al papel de comparsas. En ese contexto hay que entender esta entrevista y observar cómo Reyes Heróles, lúcidamente, apostaba por un panorama de mayor inclusión política aunque en su discurso parece ausente el tema social.

Se puede percibir en la entrevista sus conocimientos de teoría política. Igualmente se observará destacadamente en sus comentarios cómo avizoró las necesidades de generar

mayores espacios políticos en el país y de integrar a los jóvenes a la vida política. Muy crítico en su postura hacia las disidencias políticas, sabía sin embargo de la necesidad de contar con ellas: *lo que resiste apoya* diría, de ahí la necesidad de *abrir* el sistema electoral mexicano. Destacaba también las pugnas internas del poder entre los grupos de tecnócratas y de políticos y al respecto no avizoraba la avalancha neoliberal ni la degradación del Estado, de su papel político y de su preminencia como factor de desarrollo económico y social.

Tampoco pudo prever que, resultado de esas pugnas y de la falta de espacios de expresión interna, se diera una escisión en el partido gobernante (la del Frente Democrático Nacional en 1988), ni la llegada de la derecha al poder, nunca contempló un interregno y creyó siempre en la fortaleza eterna del sistema. Desde luego se puede o no estar de acuerdo con su postura política o con sus líneas ideológicas pero de cualquier forma habrá de apreciarse su calidad intelectual y su nacionalismo, que hoy mucho se extraña en la política mexicana.

“EN POLÍTICA, LO QUE RESISTE APOYA”

JOSÉ LUIS MEJÍA

Novedades

noviembre-diciembre de 1966

—¿Cuál es la composición del PRI y las fuerzas que actúan en su seno?

—Toca a la disciplina de militantes y a la habilidad de dirigentes que esta heterogeneidad sea aglutinamiento de fuerzas, con amplitud de miras, con tareas diversificadas y con sistemas que permiten en todo momento resolver los naturales conflictos internos que, si bien pueden ser frecuentes, no tienen por qué entrañar posiciones irreductibles.

Acaba de suceder algo que me parece importante. Creo que hemos superado disensiones, los rescoldos que venían de la historia misma de la Revolución mexicana. Ciertamente que los rescoldos se expusieron y pienso que fue bueno que ello sucediera: saludable catarsis. Pero lo importante es que una vez más se puso de relieve la unidad en lo fundamental, superando las discrepancias sobre el ayer, lo que debe traducirse en que, unidos sobre el ayer, estemos más sólidamente unidos para el mañana, y la unidad revolucionaria sea el cimiento mismo de la unidad nacional.

—¿Quiere esto decir que todo el mundo cabe en el PRI?

—No lo creo. Es partido de obreros, de campesinos, de clases medias. Hay otros sectores que, si circunstancialmente pueden coincidir con programas concretos, están impedidos, por su propia función en la sociedad, de pertenecer al partido: pueden coincidir en algo, pero difieren en mucho.

—¿Pueden los cristianos, los católicos, militar en el PRI?

—Yo diría que si son buenos cristianos no

sólo pueden, sino que deben militar en él. Aquellos que no cometen la apostasía de confundir religión y partido político, deben militar en nuestro partido. Tiene que militar en él si pretenden luchar en la tierra dentro de las fronteras de México por el desarrollo económico con independencia, bienestar social y libertad espiritual. San Ignacio de Loyola puede ayudar a los despistados: *Hán de procurar los medios humanos como si no hubiese humanos*. Y se me dirá: ¿pero, la fe? Pues bien, un partido político no hace, no tiene que hacer teología. El que cree, cree. No tenemos porqué tolerarlo, lo que ya nos estaría dando un derecho que no tenemos, el derecho de no tolerarlo. Sólo tenemos un camino: respetar su creencia. ¿Qué no cree?, respetar su incredulidad. Estamos en contra de todo Estado religioso, de toda Iglesia estatal.

—¿Y los partidos demócrata-cristianos? Se dice que pronto se fundará en México uno de su ideología y estructura. ¿Lo cree usted posible?

—Constitucionalmente no es posible, y no crea Ud. que el artículo 130 es caprichoso en la prohibición. Detrás del texto hay una experiencia histórica concreta. A las elecciones de 1912 concurrió un partido católico. Alguien que condenó la Revolución Mexicana, Vera Estañol, nos informa que este partido fue sostenido por el clero y en su campaña recurrió a todo tipo de argumentos religiosos, a tal punto que, en las urnas electorales, para obtener el voto a favor de sus candidatos, se puso la leyenda: Aquí se vota por Dios. Pero le puedo

decir que sobre la democracia cristiana tengo la impresión de que, lejos de cristianizar la política, politiza al cristianismo y no en el mejor de los sentidos. La experiencia en otros países ha probado que los dirigentes de la democracia cristiana están mucho más cerca de los negocios, del toma y daca de posiciones y concesiones, que de la Biblia.

En cuanto a la juventud y sobre todo a la estudiantil, es aquí donde provocadores, drogadictos ideológicos y topes creen encontrar terreno propicio, aprovechando las inquietudes naturales de la adolescencia y el deseo de afirmación que frente a las generaciones mayores mueven naturalmente al joven. Considero no obstante, que también están subestimando la conciencia nacional del estudiantado

—¿El desarrollo —si pudiera decirse— político de México, corresponde a su indudable desarrollo económico?

—El desarrollo, el crecimiento del país y la reducción del tiempo y de las distancias en nuestro mundo, hacen que la política, difícil de por sí, sea cada vez más complicada y difícil en México.

De fuera nos tratan de exportar algunos problemas. Hay provocadores en los dos extremos. Una revolución tan rica como la nuestra tiene la capacidad para neutralizarlos, echarlos a un lado o reducirlos a sus pequeñas dimensiones y exhibirlos en su impotencia. Hablando con la verdad, el pueblo es más listo en la defensa de los intereses de la nación que los más listos de los provocadores. Hay también algunos drogadictos ideológicos. Unos y otros

no actúan, incitan: constituyen un abigarramiento de grupillos que no sabemos a ciencia cierta a quiénes sirven, pero sí a quién no sirven: a México. No quieren atraer, sino contaminar. En el campo se han estrellado en sus prédicas, dado que el campesino arraigado a su tierra o sabiendo que ha de obtenerla, conoce sus problemas y entiende que éstos gradualmente se van resolviendo, conforme la capacidad misma de la nación lo permite. Por eso pienso, parafraseando a Marx, que sin el coro campesino el solo que realizan puede volverse para ellos un canto fúnebre.

—¿Quiénes son esos drogadictos ideológicos, a los que tan certeramente ha bautizado usted así, licenciado?

—Drogadictos ideológicos, provocadores, utopistas hacia atrás o hacia adelante, han fracasado también en su intento por desviar al movimiento obrero mexicano y la razón es bien simple: el movimiento sindical mexicano ha cumplido y sigue cumpliendo su función reivindicatoria. Energúmenos, provocadores y drogadictos ideológicos le critican en el fondo el que no haga un juego político contrario a la Revolución mexicana. Este, para mí, es uno de los méritos del movimiento obrero mexicano, y lo lamentable sería que no siguiera esta línea. En este sector también el trabajador conoce muy bien cuáles son sus intereses y de qué manera obtiene ininterrumpidamente condiciones mejores de vida. Creo que pretenden desviarlo, han subestimado su conciencia de clase y su conciencia nacional. Por tanto, aquí tampoco va a haber coro, sino monodia fúnebre.

—Los que se sienten impotentes para conquistar votos suficientes que les den los cargos de elección que ambicionan, se quejan de que el PRI es una aplanadora oficial que está acabando con la democracia en México. ¿Qué comenta usted al respecto?

—Existe un partido mayoritario. Con muy buen sentido, se decidió que las minorías estuvieran representadas. Tuve el honor, a nombre de mi partido, de apoyar la iniciativa de reforma electoral constitucional, y en esa ocasión dije que en política lo que resiste apoya. Conciérne a las minorías demostrar esta verdad, que no debilita, sino al contrario, complementa, fortalece al partido mayoritario. Nuestro partido ha superado las disensiones internas, las discordias que venían de la historia misma de la Revolución mexicana, y puede, cada vez más unido y fuerte, beneficiarse de la representación de las minorías. Un hombre del siglo pasado, cuya herencia ha recogido la Revolución mexicana, decía que no bastaba el sufragio universal si las minorías no estaban representadas y que la representación nacional debía ser la imagen de la sociedad, tomada por el daguerrotipo.

—Sin embargo, la familia revolucionaria, o el PRI si así lo prefiere, lleva medio siglo ocupando el poder. ¿No cree Ud. que esta larga permanencia pueda hacer peligrar a la misma Revolución mexicana?

—Peligros a la vista, sinceramente no los veo. Con frase del presidente Díaz Ordaz, confiados pero alertas, creo que podemos seguir adelante, con la estabilidad, con progreso económico, político y social, con libertades individuales y alcanzando cada día una mayor justicia social. Si se me obligara a optar entre los distintos peligros, diría que los mayores —que son pequeños— están constituidos por aquéllos que subterráneamente tratan de socavar el terreno en que nos movemos. Son, sin embargo, pocos y proceden como topos, esto es, tienen pequeños ojos, son cortos de vista y poseen fuertes uñas.

¿Qué hay de deficiencias en el movimiento obrero mexicano, en el movimiento

agrario y en la burocracia? Quién lo duda. Cuando se actúa, las deficiencias y los errores están en la naturaleza de las cosas. A 56 años las deficiencias, las tendencias contrarrevolucionarias, por inercia, por pereza o intencionales, son menores y más débiles de lo previsible. Son cada uno de los sectores los encargados de vencer estas deficiencias, superarlas con su militancia y su decisión.



Cuando está en la dinámica de la Revolución reconocer y aprovechar los errores para no reincidir en ellos, cuando no se está atado a dogmas inolvidables, es posible corregir, mejorar, seguir adelante.

Hay quienes dicen que en nuestro mundo las ideologías han muerto. Exclusivamente se añade, en los países subdesarrollados o semidesarrollados las ideologías pueden mover a los hombres. Las mayorías en los

▲ El presidente Gustavo Díaz Ordaz durante la ceremonia del 30 aniversario de la expropiación petrolera en Poza Rica, Veracruz, 18 de marzo de 1968. AGN, Colección fotográfica de la Presidencia de la República, Exp. 982/1947.



▲ El presidente Gustavo Díaz Ordaz con su comitiva recorren las instalaciones del complejo petroquímico de Pajaritos, Minatitlán, Veracruz, 18 marzo 1967. AGN, Colección fotográfica de la Presidencia de la República, Gustavo Díaz Ordaz, Exp. 38/1.

países desarrollados se mueven a través del planteamiento de problemas concretos, no de ideas generales. De ahí el dominio de los tecnócratas, ajenos, neutrales, ante las preocupaciones ideológicas. Y hubo un momento, hace unos cuantos años, en que éste parecía ser una tesis predominante. Surgieron los técnicos que practicaban la horticultura, que usaban la lupa, no para descifrar el manuscrito, sino para verla en sus adornos y en la textura misma del cristal de que estaba formada. Hoy la tendencia parece invertirse o, mejor dicho, se ha llegado a una solución proporcionada. El técnico es estrictamente instrumental; los fines, los objetivos y las decisiones conciernen al político, movido por ideas generales, por ideologías, captador de la realidad en que actúa, pues para influir en ella tiene que dejarse influir, a su vez, por ella.

—Eso, en cuanto a los técnicos. En cuanto a los intelectuales, ¿no son ellos los que deberían entenderse con las ideas?

—El problema aquí es complicado, pues, como un grande de este gremio indicaba, en los círculos académicos e intelectuales, la vanidad es una especie de enfermedad profesional. Ella se traduce en falta de objetividad, en confundir deseos con la realidad y puede llegarse a la autointoxicación. De ella emana lo que Max Weber, cuya concepción cito, denomina dos pecados mortales de la política: la falta de objetividad y la irresponsabilidad. A estos conceptos añadidos que, impermeables a la realidad, pronto se evaden de ella, y de actores fracasados se convierten en implacables jueces; por supuesto con la tinta y el papel, con la lengua y en la cátedra, si no es que en el café, probando así que en la acción

política no los guiaba el deseo de ser, sino el afán de parecer.

Considero que por las vetas históricas nacionales que aún no hemos explotado, por los ejemplos que nuestro devenir nos proporciona, por lo mucho que tenemos que hacer, aun quienes padecen la enfermedad profesional de la vanidad pueden curarse, ocupando el lugar que les corresponde en un México que no sólo los reclama sino que también valoriza lo mucho que pueden aportar.

–Licenciado: La juventud, que no conoció el México prerrevolucionario, comienza a dar muestra de intranquilidad. ¿Qué papel histórico cree Ud. que debe asignársele?

–En cuanto a la juventud y sobre todo a la estudiantil, es aquí donde provocadores, drogadictos ideológicos y topos creen encontrar terreno propicio, aprovechando las inquietudes naturales de la adolescencia y el deseo de afirmación que frente a las generaciones mayores mueven naturalmente al joven. Considero no obstante, que también están subestimando la conciencia nacional del estudiantado. Esto no implica que no tengamos que realizar una acción constante en los medios estudiantiles, de orientación y de corrección de deficiencias de que somos responsables.

Como profesor con licencia y en el limitado campo que conozco, creo que en las ciencias sociales y políticas, y jurídicas, se siguen programas anacrónicos que no estimulan la mente de los estudiantes y se ignora prácticamente en lo absoluto el hecho de que se están preparando gentes para actuar en México, que si algo no deben desconocer es la problemática de México.

Cuando fui modesto profesor –molesto, según los alumnos– inicié la práctica del coloquio, del cambio de impresiones, al final de

la cátedra. Al principio, el joven, por timidez o desconfianza, no planteaba sus dudas; bastaba un trimestre de insistir en el coloquio para que éste se animara, todos intervinieran y, lo que es más importante, me ayudaran frecuentemente a reorientar el curso o, mejor dicho, a cargar el acento sobre aquello en que más interés demostraban los estudiantes.

Complementando lo anterior, quiero formular una autocrítica. No hemos cuidado lo suficiente la formación de cuadros políticos directivos. Confiamos en la espontaneidad; es la casualidad generalmente la que hace que un joven con inquietudes, con la fuerza interior que impele a la acción política, pueda acercarse a alguien que lo auxilie a situarse en la línea mexicana. Es obligación ineludible planear la formación de cuadros directivos, sobre la base de que los mejores dirigentes políticos son aquellos que saben interpretar las necesidades de su pueblo y encararlas. No ignoro que no es labor sencilla para los responsables de esta formación y para los que desean alcanzarla. Esto ocurre en todos los países.

Un inglés clásico, en el estudio de las instituciones norteamericanas, recapacitaba en lo difícil que era, aun en la política de Inglaterra de aquellos tiempos, en la carrera política, aprender prontamente a desentenderse de las cosas desagradables que son inherentes a este campo de acción, y a confiar en la propia conciencia para el sosiego personal y en la conducta para el respeto de los conciudadanos. Existen, decía, obstáculos naturales en los partidos para los jóvenes que quieren intervenir en la vida pública. En los pasos iniciales sobre todo, agregaba, hay mucho de aborrecible y sospechoso y por eso *numerosos peregrinos retroceden después de la breve experiencia de esta Ciénaga de desaliento*.